2083

ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

CÉSAR Y BRUTO

ZARZUELA ORIGINAL EN DOS ACTOS

DE

DON LUIS DE SANTA ANA.

MÚSICA DE LOS

MAESTROS SRES. ARCHE Y CARRERAS.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1873.

10

CÉSAR Y BRUTO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EL VIEJO TELÉMACO, zarzuela en dos actos.

LECCIONES DE AMOR, comedia en un acto.

LA MUERTE DE BARBA AZUL, zarzuela en un acto.

UN BOTICARIO EN LAS TERMÓPILAS, juguete en un acto.

EL HIJO DE CARRANQUE, comedia en un acto.

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA, zarzuela en un acto.

LAS MULTAS DE TIMOTEO, comedia en un acto.

MORIR DE RISA, juguete cómico un acto.

CÉSAR Y BRUTO

ZARZUELA ORIGINAL EN DOS ACTOS

DE

DON LUIS DE SANTA ANA.

MÚSICA DE LOS

MAESTROS SRES. ARCHE Y CARRERAS.

Representada por primera vez en el teatro y circo de Madrid el dia 13 de setiembre de 1873.

MADRID.

IMPRENTA DE LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

Calle del Rubio, núm. 23.

1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
JUANA.	Sras. García.
DOÑA HILDEGONDA.	Custodio.
CESAR.	Sres. Tormo.
BRUTO.	Jimeno.
DON JOSE.	Videgain.
EL SR. DE PINCHATORTAS.	Villegas.
UN CRIADO.	Membrillo.

La escena en Madrid. Epoca actual.

Esta obra es propiedad del autor y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO son los esclusivamente encargados del cobro de los derechos de representacion, y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/cesarybrutozarzu514arch

ACTO PRIMERO.

Sala rica. A la derecha puertas practicables en primero y segundo término. A la izquierda ventana practicable en primer término y puerta en segundo. Puerta al foro, tambien practicable. En primer término sofá, un velador y un sillon en el lado contrario del sofá á la derecha; y á la izquierda otro sillon junto á un costurero. Espejo, sillas, colgaduras, etc., etc.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA HILDEGONDA, JUANA, CÉSAR, BRUTO Y UN CRIADO.

(Al levantarse el telon, Juana se halla desmayada en el sillon y César se ocupa con un criado en hacerla volver en sí. Doña Hildegonda y Bruto, sentados en el sofá, se amenazan. Aquella le tiene cogido á éste por la solapa de la levita.)

BRUT. Doña Hildegonda, que me pierdo.

HILD. ¡Sombra de Recaredo, ven y confúndelo!

CÉS. ¡Mamá, por Dios, que Juana se muere!...

HILD. Tu hermano la asesina.

JUANA (Volviendo en sí.) Madre mia, ¡qué desgraciada soy!

HILD. ¡Ven á mis brazos... Salgamos de aquí!...

CRIAD. ¿Y qué hago yo con el té?

HILD. (Marchándose con Juana por la primera puerta derecha.) ¡Tómatelo y revienta!

CRIAD. ¿Qué ha dicho?...

BRUT. (Empujando hácia el foro.) Que te lo tomes y revientes.

675365

ESCENA II.

CÉSAR y BRUTO.

CÉS. ¡Qué cosas hacen los hombres por un pedazo de pan!... La verdad es, querido Bruto, que nuestro tio D. Casto, queriendo hacernos un favor, nos ha hecho el más flaco de los servicios.

BRUT. ¡Ay! ¡Si no hubiera muerto!...

CÉS. ¡Ojalá!... su dichoso testamento ha venido á turbar nuestra octaviana paz. ¡Felices tiempos aquellos en que yo sin meterme con nadie, y tú metiéndote con todo el mundo, viviamos en un eterno paraiso!... Nuestro tio, al dejarnos herederos de su fortuna, tuvo el capricho de obligarnos á hacer durante trescientos sesenta y cinco dias todo lo contrario.

BRUT. ¡Qué gusto de hacernos ser lo que no somos! Pero dejémonos de tonterías y pensemos que mañana se cumple el plazo que nos dió, y que á pesar de nuestros esfuerzos, nos vamos á quedar compuestos y sin novia; y la verdad es, que por cuatro millones bien podia hacerse cualquier sacrificio.

CÉS. Nuestro tio habia llevado muy á mal, durante su vida, que yo no justificase en manera alguna el nombre que papá tuvo el capricho de ponerme en la pila; y al mismo tiempo le daba rabia que justificases tú el tuyo demasiado, como si ninguno de los dos tuviésemos la culpa.

BRUT. El caso es que una cláusula de su testamento impone la condicion para hacernos sus únicos herederos, que durante un año yo no he de pegarme con nadie, y que en el mismo tiempo tú has de batirte con alguno; indicando otra que que si cualquiera de los dos falta á lo estipulado, los dos perderemos el derecho de heredarle.

CÉS. ¡Cosas de mi tio!...

BRUT. Mañana se cumple el año, y si bien yo he tenido la suficiente fuerza de voluntad para no armar camorra con nadie, tú en cambio no has encontrado todavía el árbol donde ahorcarte; es decir, el hombre con quien batirte.

CÉS. Bien dicho estaba lo primero; pero por mi causa te vas á quedar tú, hermano mio, sin heredar. ¿Y pensar que queriéndote tanto soy yo la causa de tu desgracia! Yo quisiera ser valiente; pero si no puedo... Mira, anoche, entrando en mi cuarto distraido, á llevar una de tus pistolas que te habias dejado olvidada en el salon, al verme en el espejo de cuerpo entero, me arrodillé delante de mí mismo pensando que alguno me amenazaba con el arma.

BRUT. La verdad es que si bien no he armado camorra con nadie fuera de casa, en cambio me desahogo con tu mamá política unas mil y quinientas veces por dia.

CÉS. Hoy salgo de mi apatía; hoy seré un héroe. aunque me muero de susto.

BRUT. ¡Bah! como siempre...

CÉS. ¿Como siempre?... Pues no señor; he encontrado un medio.

BRUT. ¿Cuál?

CÉS. Uno y sencillísimo. Tú, que habiéndote resignado á no salir de casa durante el año de prueba, te has dedicado á hacer telégrafos con la vecina del segundo, á pesar de tener un marido tan como tú, me proporcionas ahora los medios de hacernos á todos felices.

BRUT. Pero ¿qué demonios piensas?

CÉS. Pienso, puesto que el marido no sabe con cuál de los dos hace telégrafos su mujer, escribirla una carta, hacer que la coja el marido, irritarle con mis insultos...

BRUT. ¿Y pegarle y batirte?

CÉS. Justo, y que me pegue y que nos batamos. Hombre, pues tendria gracia que tras de que...

BRUT. Pues eso siempre pasa.

CÉS. Pues yo no he nacido para eso.

BRUT. ¿A que te vuelves atrás?

CÉS. No á fé; y para que no me falte la resolucion, tú vás á ser el portador de la misiva. Ahora mismo voy á escribirla. (Se sienta en el velador y lo hace.)

BRUT. Lo estoy viendo y no lo creo.

CÉS. (Cerrando la carta.) Tómala, no dirás que no tengo valor. (Enterneciéndose por grados.) Yo sé que me mata; yo sé que dejaré abandonada á mi pobre Juana. Ella tan sensible... Tú la cuidarás; ¿verdad, hermano mio?...

BRUT. Pero ¿quién piensa en morirse?

CÉS. Bruto: no lo seas con mi mujer.

BRUT. (Alejándose.) Animo siquiera una vez.

ESCENA III.

CÉSAR.

CÉS. ¡Animo!... ¡como si eso fuera fácil! ¡como si el dejar de ser cobarde y el ser valiente fuese mudarse de calcetines! Casi estoy arrepentido de mi heroicidad. ¿De qué me servirán á mí los dos millones despues de muerto ?... Pero si de todos modos me habia de matar mi suegra á disgustos, más vale morir así, de repente, sin reflexionarlo. Y ahora que recapacito, corro á enterar á doña Hildegonda de mi estratagema, porque si la buena señora no la toma como tal, es capaz de matarme ántes del duelo. Vuelvo á mi tema: ¡qué cosas hacen los hombres por un pedazo de pan!

ESCENA IV.

DICHOS, UN CRIADO y luego DON JOSÉ.

CRIAD. (Anunciando.) Don César: el vecino del segundo espera en la antesala y dice que tiene necesidad de ver á usted.

CÉS. Dile que...

D. J. (Apareciendo.) Caballero, usted me perdone si me veo en la necesidad de entrar sin su permiso.

CÉS. (Al criado.) Retírate. (A D. José.) Tengo sumo gusto...

D. J. (Sentándose.) Me tomo la libertad...

CÉS. Es usted muy dueño... Quisiera saber con qué objeto me favorece.

D. J. El objeto de mi visita es triste, tristísimo. La fuerza de las circunstancias me obliga á tener que venir á estrangularle.

CÉS. ¡Caballero!...

D. J. (Acercándosele.) (El carácter de este personaje debe aceptar, durante toda la obra, en su accion y en su cara la mayor dulzura.) En un principio, amigo mio, me fué usted muy simpático; le creí á usted una persona decente. ¡Lástima que no tenga usted vergüenza!...

CÉS. Le diré á usted...

D. J. No por Dios; yo se lo ruego; sobre canalla, no sea usted hipócrita... ¿Conoce usted esta carta?

CÉS. (Aparte.) ¡Horror! ¡La mia!

D. J. (Haciendo cuanto marca la palabra.) Otro cualquiera que no fuese tan bueno como yo, le cogeria por la solapa de la levita, acercaria su puño á su rostro de usted, le levantaria con ira, le aplicaria su bota entre los faldones y le arrojaria por último con fuerza.

CÉS. (Cayéndose.) ¡Socorro!...

D. J. (Levantándole con cariño.) Pero yo sigo distinto camino; rechazo los términos medios, marcho con la civiliracion y me limito á proponer á usted un duelo á primera sangre, con revolver, atados por la cintura.

CÉS. Caballero, ¡esa primera sangre seria la última!...

D. J. Harto lo sé y lo deploro.

CÉS. Si siquiera nos atasen de espaldas...

D. J. Este soy yo. Odio la precipitacion en los negocios... Reflexione usted, amigo mio; reflexione usted cuanto quiera.

CÉS. Bueno, tomaré diez años para reflexionar.

D. J. Le concedo veinticinco segundos de reflexion.

MUSICA.

—

D. J. Sus dudas, caballero,
me dejan ver
que tiene usted un miedo
como no hay tres.

CÉS. Yo miedo, eso no es cierto,
Que harto probé
Que yo soy un valiente
Como no hay tres.

D. J. ¿Usted valiente?

CÉS. Lo soy á fé.

D. J. Déme usted pruebas.

CÉS. Júzgueme usted.
Tengo treinta años
Aun no cumplidos,
Y hace ya siete
Que me casé.
Aun no me he muerto
Del tabardillo,
Si soy cobarde,
Júzgueme usted.

Tengo una suegra,
Cinco cuñadas,
Y doce primos
De mi mujer;
Con todos lucho
Y á todos venzo,
Si soy cobarde,
Júzgueme usted.

D. J. Tiene una suegra,
Cinco cuñadas,
Y doce primos
De su mujer.
Si es que con todos
Sostiene lucha,
No es tan cobarde
Como pensé.

CÉS. Su actitud
¡Ay Dios! me asusta,
Y este á no dudar,
Piensa darme,
Por lo visto,
Mucho que rascar.
En vano discurro,
Por qué medios,
Habré de alcanzar
Dar gusto á mi tio
Sin batirme
Con este animal.

D. J. En vano discurro,
Por qué médios
Habrá de alcanzar,
Poder disculparse
Y evadirse de un duelo formal.

HABLADO.

—

D. J. Es preciso que usted se anime, caballero. (Tratando de darle puntapiés.)

CÉS. (Corriendo de un lado á otro de la escena.) ¡Socorro, socorro, este hombre va á acabar conmigo á puntapiés! ¡Bruto, Bruto!...

D. J. Nada de inconveniencias, caballero...

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA HILDEGONDA y BRUTO.

(Doña Hildegonda se interpone entre César y D. José.)

CÉS. (Guareciéndose detras de ella.) Si da usted un paso más, le suelto á usted mi suegra.

HILD. César, ¿me tomas á mi por perro?

BRUT. ¿Pero qué pasa? ¿Por qué tanto grito?

D. J. Lamento no poder dar á usted esplicaciones...

BRUT. (Haciendo intencion de arrojarse á él.) Yo le obligaré á usted á esplicarse.

CÉS. (Deteniéndole.) Contente, Bruto. (Aparte á él.) Ya tenemos el duelo.

BRUT. ¡Y no tener ni un pequeño desahogo!...

D. J. (A César.) Dentro de un momento volveré para acabar de arreglar nuestros asuntos. El bello sexo (señalando á doña Hildegonda), nos estorba.

HILD. (Irritada.) Yo no soy bello sexo! (Se vá.)

D. J. (Saliendo.) Es justicia, señora. (Al salir D. José, Bruto, que continúa paseándose, le dá un pisoton intencionalmente.)

D. J. (Volviéndose.) ¡Bruto!... (Se vá.)

BRUT. ¡Servidor!... Esto me ha consolado alguna cosa.

ESCENA VI.

CÉSAR y BRUTO.

BRUT. La estratagema surtió efecto. (Muy contento.) Este marido veo que tiene dignidad; este marido se bate; este marido pega; este marido debe ser un bárbaro. ¡Qué suerte tienes, chico!...

CÉS. Sí, loca; sobre todo si me dá un balazo en la nuca.

BRUT. Cualquiera diria que piensas volver la espalda cuando te tire.

CÉS. Cualquiera diria la verdad... Estaria bonito que esperase yo de frente el balazo.

BRUT. ¿Tiemblas, César?

CÉS. No tiemblo, Bruto; es que me muero de miedo.

BRUT. Es preciso que te empieces á instruir en el manejo de las armas. ¿No has tirado tú algo alguna vez?

CÉS. Sí, majuelas en canuto cuando pequeño.

BRUT. Pero supongo que no os batireis á tiros.

CÉS. ¡Ay, hermano mio, la realidad me espanta!... Segun he podido deducir de sus palabras, ese bárbaro quiere batirse á última sangre...

BRUT. (Riéndose.) ¿A última sangre?

CÉS. No te rias, no; quiere batirse atado por la cintura, con rewolver; es decir, á brazo partido con las balas.

BRUT. Pero eso es un duelo salvaje...

CÉS. ¿No es verdad, hermano mio, que tú no lo consentirás?... Porque despues de todo, la causa que lo motiva, aun suponiéndola cierta, es de las mas comunes.

BRUT. Vulgar, hombre, vulgar.

CÉS. Yo me resigno al duelo; pero es preciso aceptar en las condiciones un término medio razonable.

BRUT. Naturalmente; os batireis á cierta distancia.

CÉS. Justo: á dos ó tres kilómetros.

BRUT. Tirareis...

CÉS. Con pistola sin bala, verbigracia.

BRUT. Eso es imposible.

CÉS. Bueno, ó con bala sin plomo, como tú lo arregles.

BRUT. Tus condiciones no son aceptables, y no llenarian el objeto, pues en vano trataríais de heriros.

CÉS. Pues yo digo que sí lo llena perfectamente: pues de lo que se trata es de no herirnos.

BRUT. ¿Pues de qué se trata entonces?

CÉS. De complacer á nuestro tio. El testamento habla de duelo, pero no me impone la obligacion de que me mate.

BRUT. Todo se arreglará. Te digo que voy á imponer á doña Hildegonda de nuestro plan. Tú no la has enterado, y antes que piense otra cosa de lo que está pasando, conviene ponerla al corriente de los hechos.

CÉS. Sí, hermano, sí, conviene prepararla. vé; yo tambien necesito estar solo: mi triste situacion me hace amar la soledad...

BRUT. Tus ideas tétricas me hacen gracia... adios. (Se vá.)

ESCENA VII.

CÉSAR.

CÉS. ¡Le hacen gracia! ¡Quién comprende los contrastes de la naturaleza!... ¡A mí me hacen llorar!... ¡Pero cómo pedir á su alma vulgar que comprenda todo el valor del miedo, toda la sensibilidad de un alma que, como la mia, es tan cristiana que, no solo es temerosa de Dios, sino de los hombres, y hasta de las mujeres; dígalo mi suegra... (Acercándose á la ventana.) ¡Cuán-

ta alegría! ¡Qué animacion en los que van y vienen!... Sus caras satisfechas y contentas me hacen daño... ¿Por qué ha de pensar el hombre en la muerte al abandonar el mundo? ¿Será porque se acaba su vida?

MÚSICA.

Mi papá fué un estanquero
De Chinchon,
El cual dióme una cristiana
Educacion.
Y á pesar de mis principios
De moral,
Hoy batirme llena el colmo
De mi afan.
Por la ciega ambicion
Doy al olvido
La santa educacion
Que he recibido.
Juro no ser
Como ahora soy,
Solo esta vez
Pecaré hoy.
Mi papá fué un estanquero, etc.

ESCENA VIII.

CÉSAR Y DOÑA HILDEGONDA.

HILD. (Saliendo.) ¡Ven á mis brazos, émulo de tu nombre! ¿Conque es verdad que te preparas á batirte? ¿Conque es verdad que por fin vas á esponer tu vida?...

CÉS. Cualquiera diria, señora, que usted se alegra.

HILD. ¿Y quién lo duda?...

CÉS. ¡Gracias! No esperaba yo menos de su amabilidad.

HILD. Calla, no enturbies con tus sandeces estos momentos de placer.

CÉS. ¡Esta señora es una hiena!...

HILD. Eres á mis ojos una nueva personalidad; me siento capaz hasta de adorarte.

CÉS. ¡De adorarme!... (Aparte.) Lo siento, porque mi mamá debe adorar á puñetazos.

HILD. Parece mentira que de tu pobre cabeza haya salido una tan luminosa idea.

CÉS. ¿Conque á usted le parece bien?

HILD. Divina: y no temas que por mi parte la eche yo á perder en lo mas mínimo.

CÉS. ¿Usted me apoyará?

HILD. ¡Quién lo duda!... Yo haré ver á ese marido que su mujer no vive sino por tí, que la seduccion se ha llevado á cabo, que piensas robarla... Ya verás, ya verás...

CÉS. ¡Pero mamá, eso ya es demasiado!

HILD. No lo creas. Yo irritaré sus nervios hasta tal punto que el duelo le parezca poco, que el matarte le parezca menos, y que hasta el comerte no le parezca mucho.

CÉS. ¡Pero Dios mio, ese remedio es peor que la enfermedad!

HILD. Y cree que aunque te mate, no por eso dejaremos de quererte; te querremos más, mucho más. ¡Ven á mis brazos hijo mio!...

CÉS. (Ahí tienen ustedes cómo me adora mi suegra.)

HILD. Pero me dejo llevar de mis ímpetus cariñosos, y me olvidaba que tu carácter pusilánime encontrará algun medio de deshacer el duelo.

CÉS. ¿Es decir que usted sueña con mi muerte?...

HILD. Con lo que sueño es con tu felicidad, con tu posicion, con el bienestar de la familia.

CÉS. Pues desde ahora la declaro que como usted tome cartas en el asunto, no me bato.

HILD. ¿Así desprecias mis servicios? ¡ingrato!... Eso es un subterfugio, y como pienses volverte atrás, soy yo la que te pego y la que te mato.

CÉS. Doña Hildegonda, usted me precipita. Y así no puedo vivir ni veinte y cuatro horas.

HILD. César, que te espones...

CÉS. (Acercándose al balcon.) Si dá usted un paso mas, me tiro por el balcon. (Al mismo tiempo que lo hace César, figura desprenderse un tiesto de los que están en la barandilla, cayendo á la calle. César mira y se retira con precipitacion.) ¡Horror!... ¡He aplastado la cabeza á un transeunte con un tiesto!... Señora, usted es la causa de todas mis desdichas.

HILD. Me alegro.

CÉS. Ese hombre vá á subir y me vá á pedir cuentas de su sombrero y de su cabeza.

HILD. Mejor, así serán dos lances.

CÉS. Yo voy á cometer un suegricidio.

HILD. Con mujeres te atreverás tú... (Suena violentamente la campanilla.)

CÉS. ¡Ya está ahí!... Yo me escondo.

HILD. (Deteniéndole.) ¡Quieto!...

CÉS. Suélteme usted.

HILD. No te has de ir...

CÉS. (Gritando.) ¡Bruto, Bruto!...

HILD. Me voy: arréglate como puedas. (Se vá.)

ESCENA IX.

CÉSAR, BRUTO, Y EL SEÑOR DE PINCHATORTAS.

BRUT. ¿Me llamabas?

PINCH. Yo no me anuncio. Tampoco el tiesto se anunció.

CÉS. ¡Sálvame, hermano mio!

BRUT. Hágame usted el favor de esplicar su entrada intempestiva.

PINCH. Sobre mi cabeza ha caido un tiesto sin motivo alguno, y aunque mi cabeza no ha sufrido,

vengo á pedir cuentas, en nombre de mi sombrero, de tan brusco ataque.

CÉS. ¡Caballero, ha sido sin querer!

PINCH. ¡Que si está echado á perder! ¿Está usted ciego?

CÉS. Digo que ha sido involuntariamente.

PINCH. ¿El de enfrente? ¿Luego ha sido usted, caballero, el agresor? ¿Luego á usted le debo mi apabullo?

BRUT. Hombre, no, lo que hacemos es disculparnos.

PINCH. ¿Se alegrarán ustedes?... Pues yo haré que lloren.

CÉS. Este hombre no responde á nada con concierto.

PINCH. ¿Que me cuente por muerto?...

BRUT. (Gritando.) ¿Pero es usted sordo?...

PINCH. Oigo más de lo que quiero.

CÉS. Esto se enreda, y yo debo marcharme. (Corriendo hácia la puerta.) ¡Espéreme usted!

ESCENA X.

DICHOS, JUANA Y DON JOSÉ.

JUANA (Primera puerta derecha.) ¿A dónde vas?

D. J. (Por el foro.) Ruego á usted que se quede (Dándole un empujon.)

CÉS. ¡Estoy perdido!...

PINCH. Me dará usted una satisfaccion.

HILD. Ya se armó. Evitemos un escándalo, señores.

JUANA (A César.) Creo que me voy á desmayar.

CÉS. Era lo único que me faltaba.

HILD. (Viendo á Pinchatortas.) ¡Dios mio, él! ¡Recaredo, Recaredo!

PINCH. ¡Ella! Yo huyo.

BRUT. Me voy; ó no respondo de mí.

CÉS. Me voy, ó no respondo de los demás.

HILD. (Interponiéndose.) Nadie sale de aquí. (A Pinchatortas.) ¡Tenemos que hablar, infame!

PINCH. Me pescó. Juguemos el todo por el todo. Me quedo, pichona.
CÉS. ¡Siempre mi suegra!...
BRUT. Ten una vez valor...
CÉS. «Tú quoque Brutus?»

MÚSICA.

—

D. J. y HILD. ¡Alto ahí, alto ahí!
¡Nadie sale de aquí!
PINCH. Y BRUT. ¡Basta ya, basta ya!
Mi paciencia se vá...
CÉS. Y JUANA ¡Qué será!
¡Tengo un miedo cerval!
TODOS. ¡Esto vá á acabar mal,
Mal, mal, muy mal!
BRUT. Yo pido esplicaciones.
CÉS. Más tarde las daré.
D. J. ¿Me voy á dar al diablo!
HILD. Yo le acompaño á usted.
JUANA. ¡Yo voy á desmayarme!
CÉS. Desmáyate despues.
TODOS. La cosa se complica,
Y acabo en Leganés.

—

La cosa es grave,
Y nadie sabe
De qué manera
Vá á concluir.
Que la medida
Ya está cumplida,
Y nadie piensa
Mas que en reñir.

—

BRUT. ¡Canalla!
D. J. ¡Pillo!
PINCH. Yo estoy que trino.

JUANA ¡Yo me desmayo!
CÉS. Tanto mejor.
HILD. ¡Favor, socorro!
PINCH. ¡Yo estoy en ascuas!
CÉS. Uno se salva,
y ese soy yo.

César huye cerrando la puerta tras de sí. Don José intenta perseguirle y golpea la puerta, no pudiendo abrirla. Doña Hildegonda mete en su cuarto á empujones á Pinchatortas. Bruto, con la cabeza entre las manos, retirado junto á la mesa y Juana desmayada en el otro estremo. (Telon rápido.)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

CÉSAR.

(Al levantarse el telon aparece la escena sola. La orquesta empieza á preludiar el vals que más tarde se desarrolla. César, á poco de levantarse el telon, entra por la puerta del foro, con la ropa en completo desórden; el sombrero apabullado y echado hácia atrás; se dirige á las puertas laterales, observa si alguien le mira, coge una silla y viene á colocarse en la embocadura.)

CÉS. No recuerdo desde que nací haberme divertido más que esta noche. Por supuesto que lloraré eternamente mi diversion. Hoy me esperan emociones de primera clase. Contemos por partes. Ayer tarde, cuando vi tan mal parada la cosa, tomé soleta, sin saber lo que hacia y me encontré en la calle como por encanto. Fuí á Fornos y pedí un cubierto de un duro... ¡Cómo comí!... Desde que me casé, hasta ayer no habia comido con tranquilidad. ¡Se esplica mi apetito!... Desde Fornos me dirigí con mi amigo Cebollino á dar una vuelta por Capellanes. No puedo esplicar lo que senti en el baile... El valor me faltó al entrar y la sombra de mi po-

bre Juana se interpuso entre mi pareja y yo. Cebollino, que comprendió mi turbacion, se propuso curarme, y al cuarto de hora, y con ese plausible fin, hizo depositario á mi estómago de cerca de una botella de aguardiente. Allí acabaron mis penas; la sombra se disipó, bailé, canté y hasta creo que insulté á uno... ¡Qué lástima que no esté yo seguro de esto!... Se lo contaria á todo el mundo... Me parece estar oyendo todavía las notas de aquel vals arrebatador con que rompí el movimiento que duró toda la noche. Me acuerdo que mi pareja no bailaba como yo lo habia visto hasta entonces. Sus movimientos eran más cadenciosos, y yo tuve que acomodarme á ellos. Era una cosa así.

(Coje la silla donde está sentado y empieza á valsar muy despacio y con mucho movimiento, cayendo fatigado en el sofá al finalizar la música. Antes de concluir el vals aparece el Sr. de Pinchatortas con bata y gorro.)

ESCENA II.

CÉSAR Y EL SEÑOR DE PINCHATORTAS.

CÉS. ¡No puedo más!

PINCH. ¿Le gusta á usted el baile, caballero?

CÉS. (Mirando á Pinchatortas.) ¿Quién es usted?

PINCH. El baile, amigo mio, suele tener fatales consecuencias.

CÉS. (Levantándose y mirando á todos lados.) ¿Habré en mi turbacion equivocado mi casa?

PINCH. A usted le estrañará verme aquí y en este traje.

CÉS. ¿En ese traje?... ¡Calla, pues es verdad!... Esta bata es la mia, este gorro es el mio... Poco á poco, espliquese usted. Caballero..., ¿qué significa esto?

PINCH. Esfuerce usted la voz.

CÉS. (Más alto.) ¿Que qué significa esto?

PINCH. Con un poco que grite basta; no soy exageradamente sordo.

CÉS. (Gritando.) Que me esplique usted...

PINCH. Háblemе usted siempre en ese tono. Voy á darle á usted la esplicacion de mi presencia aqui... En otro tiempo yo fuí jóven...

CÉS. Hará mucho...

PINCH. Fuí jóven, repito, y por añadidura enamorado.

CÉS. Y feo y sordo... ¡Este hombre es una ganga!...

PINCH. Un dia en la botillería de Canosa...

CÉS. Digo, ¡el año tres!...

PINCH. Y á punto que me disponia á tomar un sorbete ví entrar una jóven que, sin ofender á nadie, podia llamársela de rechupete. La dirigí mis dardos amorosos desde aquel dia, é indudablemente nos hubiera unido el lazo de himeneo á no haber tenido yo necesidad de emigrar por las ocurrencias políticas del año 23. Porque he de advertir á usted que yo soy muy liberal!...

CÉS. (Gritando.) ¡Me alegro!...

PINCH. Negro, no, caballero; blanco. Resumiendo; la jóven era Hildegonda, su suegra de usted, que habiéndome vuelto á ver despues de su viudez, sintió renacer en sí la llama de amor, obligándome, efecto de ciertas circunstancias, á darla palabra de matrimonio, que bien sabe Dios no he cumplido porque me ha faltado la voluntad, no por otra cosa. Crea usted que mi deseo hubiera sido hacerla feliz.

CÉS. Lo veo.

PINCH. Ayer, despues de haberla perdido de vista cinco años, tuvo usted la feliz ocurrencia de hacerme reanudar relaciones con su mamá política por medio del apabullo de mi sombrero. ¡Dios le perdone á usted, jóven, el mal que ha hecho!...

CÉS. Pero eso no me esplica el hallarle á usted aquí con mi ropa.

PINCH. Tengo el defecto de ser un poco sordo, ya se lo he dicho á usted. Tenga usted la bondad de no hablar bajo.

CÉS. (Gritando.) ¿Tiene usted trompetilla?

PINCH. ¿Trompetilla dice usted? La tenia; pero Hildegonda me la ha quitado.

CÉS. ¡Paciencia!... Me resignaré á enfermar del pecho. (Se acerca á Pinchatortas y le grita al oido.) ¿Por qué está usted aquí? ¿Por qué tiene usted puesta mi ropa?...

PINCH. Su suegra de usted tiene algunos motivos para creer que cuando me voy no vuelvo, y como medio más á propósito para retenerme me obligó ayer á entregarle mi ropa, dándome en cambio estos pantalones, este gorro y esta bata.

CES. ¿Y ha dormido usted aquí?

PINCH. Con ella, amigo mio.

CÉS. ¿Con ella?

PINCH. Con la bata por único abrigo, sobre un sofá, helándome de frio.

CÉS. Sabrá usted que...

PINCH. Tengo el sentimiento de ser el padrino de su contrario, y esta tarde debe quedar ultimado el asunto del duelo. Usted me dirá con quién he de entenderme yo. Aquí viene su suegra.

CÉS. (Sale huyendo por la segunda puerta izquierda.) Pues entiéndase usted con ella.

PINCH. (Tratando de imitarle.) Voy.

ESCENA III.

PINCHATORTAS y DOÑA HILDEGONDA.

HILD. (Saliendo.) Detente, Recaredo.

PINCH. Llegó el momento terrible de las esplicaciones.

HILD. (Saca una trompetilla y dice á gritos á Pinchatortas.) ¡Ingrato, te encuentro al fin!...

PINCH. (Retrocediendo.) Antes de pasar adelante, querida

Hildegonda, te ruego que sueltes ese instrumento; tu voz no necesita ayuda.

HILD. (Apoyándose en su hombro con coquetería.) ¿Por qué te fuiste? ¿No me amabas?

PINCH. Al revés; el esceso de la pasion me hizo marcharme.

HILD. (Irritada.) ¡No mientas!...

PINCH. No miento, ángel mio; ¡he sufrido tanto mientras no te he visto!...

HILD. ¿De veras?

PINCH. (Aparte.) Pensando volverte á ver. (Alto.) ¡Te he echado tanto de ménos!...

HILD. ¿Sí?

PINCH. Cuando estaba tranquilo... Yo lo decia, bien mio; yo he de volverla á ver; yo he de escuchar todavía su argentina voz; yo he de cegarme aun en la luz de sus ojos, y entonces, entonces... (Aparte.) me envenéno.

HILD. ¡Recaredo, me evaporas!...

PINCH. Yo me volatilizo, Hildegonda.

MUSICA.

HILD. ¿Por qué te fuiste, pérfido?
Dime por qué.

PINCH. Estaba constipado,
Por eso fué.

HILD. ¿Te acuerdas, dí,
De aquellas dulces horas
En que tu amor
Me hacias escuchar;
De aquella fé
Que amante me jurabas
Y que olvidaste
Tan pronto ya?
Ya no escucho el compás
De tu fiel corazon

Que me hacia al latir
Mil promesas de amor.

PINCH. Nunca olvidé
Aquellas dulces horas
En que mi amor
Solias escuchar,
Ni aquella fé
Que amante te juraba,
Y que yo nunca
Podré olvidar;
Y otra vez el compás
De mi fiel corazon
Te hará dulce al latir
Mil promesas de amor.

HILD. ¿Eso es verdad?

PINCH. Mucha verdad.

HILD. ¡Qué imponderable
Felicidad!

PINCH. No te hará daño
La enfermedad.

HABLADO.

HILD. Pero nada me has dicho de tu vida durante estos cinco años.

PINCH. Podias figurártelo. La última vez que te ví fué en diciembre.

HILD. Me acuerdo, fué el dia de las once mil... desazones...

PINCH. Desde entonces no he dejado de pensar en tí un solo momento, pichoncita mia!...

HILD. ¡Cuándo tendrás juicio, Recaredo!...

PINCH. Cuando esté para siempre á tu lado. (Aparte) Y no pienso estar cinco minutos...

HILD. Nos olvidamos de lo grave de las circunstancias. Es preciso que me acompañes á buscar á César por Madrid.

PINCH. No es necesario: César ha venido.

HILD. ¿Ha venido?... Voy á decir á ese miserable...

PINCH. Nada de exageraciones, Hildegonda, ó soy capaz de marcharme con bata y gorro.

HILD. Tu cariño me echa un nudo.

PINCH. Pues aprieta, hija, aprieta.

HILD. Vuelvo á mi primer plan. (Toca á un timbre, á cuyo sonido aparece un criado.) Antonio y tú colocaos en la puerta; dejad entrar á todo el mundo, pero salir, á nadie.—Este caballero os comunicará mis órdenes. (A Pinchatortas.) Nosotros vamos á seguir hablando; sígueme.

PINCH. ¡Vamos, todo sea por Dios!

ESCENA IV.

JUANA.

(Juana aparece en la puerta del foro enjugándose las lágrimas. Mira á un lado y otro, y vá á sentarse en el sofá.)

JUANA Ya ha vuelto mi esposo, segun me han dicho tus criados; ha vuelto, y no ha sido aun ni para darme un abrazo. Mi madre tiene razon, en cuanto le vea debo llamarle infame. A ustedes les hago jueces: ¿Soy ó no soy desgraciada?

MÚSICA.

Mi esposo se vá
Yo me quedo así;
¡Ay Dios! ¿qué será
Lo que pase aquí?
Se enfada mi mamá,
Y en su frenesí,
Con su furia dá

Siempre contra mí.
Si sigue mi agonía,
A liquidarme voy:
¡Ay madrecita mia,
Qué desgraciada soy!
Mi esposo se vá, etc.

ESCENA V.

CÉSAR Y JUANA.

(César aparece con una botella debajo del brazo, de la que bebe de vez en cuando, hasta llegar á la escena novena.)

CES. (Con un papel en la mano.) A valor nuevo, costumbres nuevas. (Por el papel.) Aquí están mis leyes. (Leyendo.) «Chillar más si me chillan mucho, pegar si me pegan, no tolerar mandatos, arreglar mi vida doméstica á mis gustos, matar á mi suegra, y mudarme de casa.»

JUANA César, ¡esposo mio!

CES. ¡Horror, mi mujer! Ocultemos mis armas.

JUANA ¡Es usted un infame, caballero!

CES. Si vá á hablar tu madre por tu boca, me voy.

JUANA Su conducta de usted es incalificable.

CES. ¡Que se calle mi suegra!

JUANA ¡Es mi madre!

CES. Pues por eso es mi suegra.

JUANA ¡Incalificable, lo repito!

CES. (Aparte.) Creo que me está gritando mi mujer. (Aparte.) ¡No me chille usted, señora! (gritando.) ¡Tenga usted entendido que estoy dispuesto á alborotar la casa!

JUANA (Llorando.) ¡Dios mio!... ¡Dios mio, mi marido se ha vuelto loco!

CES. ¡Creo que trata usted de amenazarme, señora!... ¡No me precipite usted, ó la aplasto de un puñetazo!

JUANA (Llorando.) ¡Pero si no te amenazo!

CES. (Aparte.) ¡Eh! ¿Tendré valor, que le doy tanto miedo? (Alto) He dispuesto que desde mañana nos desayunemos á las ocho y media.

JUANA ¡Pero César!...

CES. Ya sé que esa hora le dá rabia á tu madre, porque dice que se acuerda de una tia suya que lo hacia á la misma hora. Por lo mismo...

JUANA ¿Y qué adelantas con eso?

CES. Dar una prueba de mi carácter enérgico y de mi ferocidad para el porvenir.

JUANA Pues bien: yo tambien seré enérgica; desde mañana me levantaré á las once, y me desayunaré á las doce, y me moriré de pena á las tres. (Cae en un sillon llorando.)

CES (Aparte.) He estado muy fuerte, demasiado fuerte; decididamente tengo que reformar algo mi carácter, debo ser ménos valiente. (Alto) ¡Juana, Juana mia, óyeme sin enfadarte. Desde que he dejado de ser pusilánime y cobarde, he comprendido el mál que hay en esta casa. Nosotros, al no seguir lo que marcan las leyes naturales, nos hemos hecho sin querer desgraciados.

JUANA ¿Qué dices?

CES. Ya me comprenderás. Dice un refran que el casado casa quiere, y nosotros hemos empezado al casarnos por no tenerla... ¡Ya se vé, tú no quieres vivir lejos de tu madre, y esto es la causa de nuestros disgustos.

JUANA Hasta ahora nada me has dicho.

CES. ¿Pero serias capaz de acceder á mis deseos?

JUANA Con alma y vida.

CES. Te desconozco, mujer.

JUANA ¿Qué estraño es, si tú no eres el mismo?...

CES. ¿Tendria razon mi tio D. Casto cuando aseguraba que mi carácter me hacia desgraciado?... Sí. (Bebiendo.) Afirmémonos en nuestras ideas. Voy á erigir un templo á mi amigo Cebollino.

JUANA ¡Soy dichosa!
CÉS. ¡Empiezo á ser feliz!

ESCENA VI.

DICHOS Y BRUTO.

(Al terminar el duo aparece Bruto con dos floretes, dos pistolas de duelo, un peto, una careta, etc. César, al verle, indica á Juana que les deje.)

JUANA ¡No te batas, César! La riqueza para nada nos ha de servir.
CÉS. (Despidiéndola.) ¡Nada temas, todo se arreglará. (Juana se vá.)
BRUT. Es preciso ir pensando en la realidad.
CÉS. Pensemos...
BRUT. ¿Y no tiemblas?
CÉS. ¿Se trata de un duelo? Mejor. (Bruto empieza á mirar al rededor de sí con estrañeza.) ¿Qué buscas?
BRUT. ¡Te busco á tí!... ¡Tú no debes ser tú!
CÉS. Es que he encontrado la medicina del valor. (Enseñándole la botella.) Este es el específico: contra miedos, aguardientes.
BRUT. ¡Já, já, lo comprendo todo. ¿Quién te inspiró esa dichosa idea?
CÉS. Mi amigo Cebollino. A él le debo mi felicidad; á él mi alegría; con su receta seria yo capaz de batirme hasta con los hulanos...
BRUT. ¡Sálvete la compañía!
CÉS. Pero no perdamos el tiempo.
BRUT. Empecemos cuando quieras.
CÉS. (Examinando el florete.) Me conviene esta arma; desde luego la escojo para el duelo.
BRUT. Considera que es la mas peligrosa.
CÉS. ¡Pues si es imposible que hiera!
BRUT. ¡Já, já, já! ¿Crees que cuando el duelo se verifique va á tener tambien boton en la punta?
CÉS. ¡Naturalmente!... Yo tengo valor, pero no

soy loco, y puesto que tengo la eleccion de armas, escojo el florete con boton.

BRUT. César, tu decision flaquea.

CÉS. No tal; lo que sí... siento flaquear hace rato, son mis piernas.

BRUT. (Poniéndose en guardia.) ¡Firmes, empecemos!... No tan atrás ese cuerpo; adelante ese pecho...

CÉS. Tus lecciones son de la peor intencion. Creo que cuanto mas lo atrase, menos probabilidad hay para que á uno lo hieran.

BRUT. Apóyate en la pierna.

MUSICA.

(Para la letra de este cantable, que ha sido variada despues de las representaciones primeras, consúltese á la partitura.)

HABLADO.

CÉS. Yo no sirvo para estas cosas.

BRUT. Esto no vale nada: empecemos ahora con la pistola.

CÉS. Basta de ensayos... Es muy peligroso jugar con las armas de fuego.

BRUT. Lo que te conviene aprender es á apuntar.

CÉS. Lo que tú debias enseñarme es á que no me apuntaran.

BRUT. El milagro de tu amigo Cebollino, veo que va desvaneciéndose.

CÉS. ¡El me salve!

BRUT. Conseguirás dormirte, y no animarte.

CÉS. Bueno: así me batiré dormido. Despues de todo tengo la seguridad de batirme mejor, no sabiendo lo que hago...

BRUT. ¡Ahí está tu rival!...

ESCENA VII.

DICHOS, Y DON JOSÉ.

D. J. (Entrando con precipitacion.) ¡Pido mil perdones por entrar sin anunciarme!

Cés. Está usted perdonado. ¡No te mezcles; déjamelo á mí!... Caballero, vista la gravedad de las circunstancias, me veo obligado á que el duelo se precipite; pero celoso por la conservacion de mi individuo, he optado por que este se verifique de un modo todo lo mas cruel posible, pero sin efusion de sangre.

D. J. ¡El duelo se verificará hoy mismo, en seguida: habrá sangre, mucha sangre!

Cés. ¡Si usted tiene empeño en derramar la suya!... por mí puede usted estar sangrando tres semanas.

D. J. Nada tiene usted que temer, generoso jóven; no es contra usted mi furor; nada me ha hecho, y de nada tengo que vengarme.

Cés. (Aparte.) ¡Apostámos á que tiene tanto miedo como yo!...

D. J. ¡En esta casa se me ha inferido un grave insulto; pero no ha sido usted, ha sido otra persona.

Cés. Ya sé, mi suegra.

D. J. ¡Estúpida!...

Cés. ¡Ella!...

D. J. Una fiera á quien yo voy á domesticar.

Cés. Ya no hay duda... Esplíquese usted con mas claridad.

D. J. Al pedir cuentas de su conducta á mi mujer, ésta se ha negado á confesar su infamia; pero todo me lo ha dicho una fiel doméstica. El infame, el seductor, la fiera es un hermano de usted.

BRUT. Esas palabras...

CÉS. ¡Caballero, hágame usted el favor de batirse conmigo... Si no me tiene usted manía, como dice, podemos batirnos á una cosa que no nos hagamos daño.

D. J. ¡Sus sandeces de usted me exasperan! Me batiré con usted despues de haberme batido con su hermano.

CÉS. ¡Gracias! Entonces maldita la falta que me hace.

BRUT. ¡Si no fuera por los cien mil duros!... (Sale Doña Hildegonda.) ¡Doña Hildegonda, ese hombre me ha insultado!

ESCENA VIII.

DICHOS É HILDEGONDA.

HILD. ¿Pero qué pasa? ¿Qué le ha hecho á usted el hermano de mi yerno?

D. J. Es que he descubierto que es él el que trata de seducir á mi mujer.

HILD. (Aparte á César y Bruto.) Yo lo arreglaré todo. (Alto.) Mi dignidad de madre ofendida me obliga á decir á usted la verdad, toda la verdad. El seductor es mi yerno.

D. J. Mi criada me ha dicho que era su hermano.

HILD. El hermano de mi yerno no ha sido mas que el confidente de estos amores.

D. J. ¿Será cierto?

CÉS. Cierto, ciertísimo. ¡Tengo miedo de mí!... ¡Jesús qué fiera me vuelve el aguardiente!...

D. J. Dentro de media hora espero á usted junto al lago de la Casa de Campo con las armas que usted quiera. (Se va.)

CÉS. Puede usted llevar sable. Yo llevaré un cañon.

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DON JOSÉ.

BRUT. Yo no puedo consentir que tú te batas.

HILD. Nadie le pide á usted consejos.

CÉS. Si ya no tengo miedo... Cree que lo que ahora me daria pena seria no batirme.

BRUT. Voy á encerrarme: si no, me parece que voy á hacer alguna barbaridad (Se vá.)

HILD. Es preciso pensar en todo. El duelo va á verificarse, y mi pobre hija está espuesta á quedarse viuda...

CÉS. ¡Qué gusto de quitarme el valor!...

HILD. Comprendo que no te agrade el hablar de esto, pero ¿qué vamos á hacerle?... Es fuerza ocuparse de ciertas cosas en ciertos momentos.

CÉS. ¿Y á qué viene ese tétrico preámbulo?

HILD. (Dándole un papel.) A que es preciso que firmes este documento que me he entretenido en confeccionar durante tu ausencia.

CÉS. Pero esto es una disposicion testamentaria.

HILD. Exactamente: en la que dejas como tu única heredera, á Juana, tu pobre mujer.

CÉS. ¡Yo no firmo eso! Lo creo completamente inútil.

HILD. ¡Cómo!

CÉS. Mi mujer ha de seguir mi misma suerte, y como á mí me maten en el duelo, vengo y la mato, y nos marchamos juntos á la eternidad.

HILD. ¡Jesús qué desatino!... (Cambiando de tono.) ¿Pero no conoces que dices una tontería?... ¿No conoces que si murieras vas á dejar espuesta á tu pobre mujer á la mas espantosa miseria?...

CÉS. Bien: firmaré lo que usted quiera, pero hay que añadir una cláusula á esa disposicion.

HILD. ¿Cuál?

CÉS. Que si muero víctima de los furores de ese bárbaro, no lo olvide nunca mi familia, y que mis hijos se encarguen de vengarme.

HILD. ¡Pero si no los tienes!...

CÉS. Pues que sean mis nietos, lo mismo me dá.

HILD. Se te dará gusto.

CÉS. Venga el papel... Firmé... (Lo hace.)

HILD. Dáme un abrazo.

CÉS. (Abrazándola.) Crea usted, mamá, que sus caricias son lo único que me hacen grata la muerte.

HILD. ¡Gracias, hijo mio, lo sé!

ESCENA X.

DICHOS, Y PINCHATORTAS.

(Vestido ya como en el primer acto, luego Don José, Bruto y Juana.)

PINCH. Un tal señor de Uña espera en el gabinete.

BRUT. (Saliendo.) Todo se ha perdido; la hora de leer el segundo pliego ha llegado sin verificarse el duelo.

JUANA (Id.) ¿Qué hacemos, mamá?

D. J. (Entrando.) Vengo á pedir á ustedes mil perdones; mi mujer me lo ha esplicado todo.

CÉS. Este hombre era lo único que nos faltaba.

D. J. Mi mujer ha querido irritar mis nervios escitando mis celos para demostrarme cuánto sufre ella con sus dudas.

BRUT. Este hombre comulga con ruedas de molino.

D. J. Por lo tanto, renuncio al duelo, y retiro cuantas palabras ofensivas les haya podido decir.

CÉS. Por nuestra parte, está usted perdonado.

HILD. Y por la mia... ¡Ya es tarde!...

JUANA ¿Conque ya no te bates? ¡Soy feliz!...

CÉS. Pero tú eres pobre, y esa es mi pena.

HILD. El notario espera, vamos.

D. J. Repito...

TODOS. (Menos Pinchatortas.) Vamos. (Se van.)

ESCENA XI.

DON JOSÉ Y PINCHATORTAS.

D. J. ¡Nadie me ha contestado; aquí debe pasar algo grave!

PINCH. Aprovechemos estos momentos para largarme. Caballero, va usted á hacerme un verdadero favor. Tenga usted la amabilidad de esperar á que salgan esos señores, y á la señora mayor decirla de parte de Recaredo que vuelvo en seguida.

D. J. (Riéndose.) ¡De Recaredo!... ¡Bonito nombre!

PINCH. ¡Mil gracias! (Aparte,) De buena me he librado. Me voy á Filipinas mañana mismo.

D. J. En esta casa todos están locos.

ESCENA XII.

DON JOSÉ, CÉSAR, BRUTO, DOÑA HILDEGONDA Y JUANA.

(Salen agrupados al rededor de César que lleva un papel en la mano, yéndo á sentarse cada uno en distinto lado.)

CÉS. La emocion me ahoga. ¿Conque somos ricos?

HILD. ¡Yo tambien soy feliz!

JUANA ¿Usted, mamá?

HILD. Sí, yo, que me caso.

TODOS. ¿Con quién?

HILD. Con el Sr. de Pinchatortas, á quien estraño no ver aquí en estos momentos... (Llamando.) ¡Recaredo!... ¡Recaredo!...

D. J. Un caballero que me dijo llamarse así, me ha encargado la diga que vuelve al momento.

HILD. ¡Se ha ido, se ha ido, adios mis ilusiones!

CÉS. ¡Volverá!

HILD. Ese no vuelve nunca.

CÉS. ¡No se apure usted, mamá! Destinaré medio millon á hacer pesquisas para encontrarle.

BRUT. Y ahora que no me está prohibido chocar con nadie, como no cumpla su palabra, le finiquito.

CÉS. No tal. Contente; nuestro tio D. Casto ha querido hacernos felices modificando nuestros caractéres, y desde hoy, siquiera sea por gratitud, debemos seguir sus consejos.

MUSICA.

—

JUANA. Ya el corazon
Ni se agita
Ni palpita
Con duro tormento,
Ni aciago pesar.

TODOS. Es la bella aurora
De dorado arrebol,
La que luciendo ahora,
Con su luz le iluminó.
Para ser hoy feliz,
Me falta saber
Si puedo obtener
Lo que aguardo de tí.
Ya ves que un aplauso
No es mucho pedir.
Ya el corazon, etc.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de DURAN, Carrera de San Gerónimo; de D. LEOCADIO LOPEZ, calle del Cármen; de los HIJOS DE FÉ, calle de Jacometrezo, 44; y de MURILLO, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta ADMINISTRACION acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, cuyo requisito no serán servidos.